



### CAPITULO III

Divæ ex machina

---

**S**IN FECHA. Soy de la casa; vivo en la intimidad de la familia y hago lo que me place, trayendo y llevando á quien deseo. Eugenia me ha dicho: «Hidalgo, siempre hay para usted un puesto en mi mesa», y aun en los días ordinarios, cuando no comen sino el Emperador, la Emperatriz y las damas de semana en unión del oficial de guardia en el Palacio, llegó yo tan terne y me siento al lado de SS. MM... Vamos, Josefina, vamos, y no tendrá usted de qué arrepentirse... Ya verá qué recepción le hacen al saber que va en compañía de este viejo de la casa.

— ¿Conoció usted á la Emperatriz antes de su matrimonio? pregunté á Pepe con interés.

— Tanto como conocerla, no en verdad; vivía yo en

Roma, satisfecho de las atenciones y el cariño de aquella admirable sociedad, cuando supe que Napoleón III se casaba con una dama española; entonces recordé el nombre de la señorita Montijo, y supe que años antes le había prometido el imperio una gitana, y que cuando desempeñaba Eugenia el papel de Emperatriz en cierta comedia de Ventura de la Vega, solía escribir cartitas al propio Ventura, que ensayaba la obra, firmando sin falta: *La Emperatriz...* ¿Verdad que es curioso?

— ¿Y estaré bien, le pregunté, con este traje rosa claro que acaba de mandarme Worth?

— ¿Worth, el gran costurero, el gran modisto, la viste á usted?

— He tenido que hacer el sacrificio, dije resolviéndome á echar una mentirilla. Worth me ha confeccionado este vestido, y el sombrero es obra de Mad. Virot.

— Worth, Madame Virot, exclamó el currutaco poniéndose en pie; las dos columnas en que reposa la elegancia parisina. ¿No equivale lo que se usa ahora, á la aplicación de los ingenios matemáticos, de las obras de construcción, de la maquinaria moderna, á negocio al parecer tan baladí como es la moda? Esos aros, esos resortes, esas varillas que forman, por decirlo así, la jaula que aprisiona á la frágil, á la graciosa fierecilla femenina, antes no domada por artífice alguno, ¿no indican que la ciencia del vestido ha llegado á su perfección?

Que no me hablen de la sencillez griega, que no traigan á cuento la severidad de las mujeres de la Edad media, que no mencionen el primor de los trajes del Renacimiento, que no me digan que tenían encanto y armonía los vestidos masculinizados de las mujeres de la Fronda... En nuestro tiempo se ha conseguido unir los paños helénicos, los *paniers* del tiempo de Luis XVI, la basquiñé de las mujeres contemporáneas de la Grande Mademoiselle y las mangas colgantes del Renacimiento, amén de cien mil ahuevados, plegados, colmenas, tablas, holanes, escarolas y cintas.

¿No es un prodigio ver una gran cola, luego una falda ahuecada por el maravilloso artificio de la crinolina, después un corpiño escotado, y saliendo de aquella fábrica que se mueve como una urca en el Océano, unos brazos delgados, un seno turgente, un rostro encantador, una cabellera peinada á la griega, y como remate y coronamiento de tan bello edificio un sombrero que cubre la nuca, el cuello y las espaldas con un *bavolet* de seda plegada, bordada, trabajada como un puñal damasquino ó como una estatua de Benvenuto?

Cierto que se necesitan paciencia, habilidad y práctica para sentarse sin que los resortes de la crinolina queden mal colocados, y para subir al carruaje sin romper ó ajar las telas que envuelven como nube á la señora que las lleva; cierto, que encierran sendos problemas de estática, el sa-

ludar, el inclinarse, el dar el brazo al esposo y la mano á los hijos; pero ¿no existen la distinción, el *chic* y la gracia para infundir la destreza que se necesita para esas y otras muchas cosas y para prevenir y reparar los accidentes que sobrevengan?... Pero ante todo, y dispense usted mi digresión, está usted encantadora así y de cualquiera otro modo...

Dió Pepe al cochero las señas del *Château*, nos metimos en el simón y fuimos por calles y plazas hasta dar en el hermosísimo palacio.

— Mentira, comenzó á referirme Pepillo, cuando íbamos en el coche, todo lo que se cuenta de desagradados entre el Emperador y la Emperatriz. *El rey se divierte* de cuando en cuando, casi diré que siempre; pero sus relaciones con Margarita Bellangé, con Mme. Mercy d'Argenteau, con la condesa de Castiglione, con las dos damiselas á que llaman en la corte *Cochonette* y *Dondonette*, y con una inglesa que le sorbió el seso hace poco, no pasan de caprichos insignificantes, de humoradas sin consistencia, son verdaderos amores de cabeza en que el corazón no toma parte ninguna... SS. MM. son dos buenos casados, son una pareja de camaradas que se trata cariñosa y cordialmente; no crea usted las especiotas que circulan sobre si el Emperador le tiró los trastos á la cabeza á la Emperatriz, si la Emperatriz quiso ó no quiso dejar las Tullerías al saber las infidelidades de su hombre; todo eso

es el mentir de las estrellas... Ya verá usted si sabré cómo anda aquello cuando vivo donde se guisa... El príncipe imperial es un encanto; sus padres le llaman *Lulú*, y cuenta ya con muchos amiguitos que van á hacerle la corte y á satisfacer sus caprichillos; tiene ocho años, es blanco, rubio y de ojos azules como su madre, y aunque de tan corta edad, ya sabe montar á caballo, hacer el ejercicio, leer y escribir; es para comérsele á besos...

— ¿Y es cierto, aventuré tímidamente, que la Emperatriz tiene un aparato especial para vestirse y desvestirse á causa de que sufre no sé qué enfermedades?

— La Emperatriz está completamente sana y no hay tal aparato ni cosa que lo valga. He oído decir que para evitar incomodidades tiene en su tocador un artificio del que desciende la ropa que la Emperatriz ha de ponerse; pero esa operación se hace por comodidad, por placer, por lo que usted quiera; pero no por orden del médico.

El suizo que estaba á la puerta de las habitaciones de la Soberana, golpeó el suelo con una alabarda, hizo una reverencia á mi conductor y éste me indicó pasara al salón de espera. Un ujier con levita de color castaño, bordada de plata, pantalón y medias negras, zapatos con hebilla y la cadena que indicaba sus funciones, pasó recado á la dama de servicio.

Sentía dentro de mí una agitación inmensa, me latía el corazón descompasadamente y se me figuraba que no

iba á poder hablar palabra delante de la Emperatriz. ;Y pensar que de esa entrevista dependía mi porvenir, quizá mi existencia y la de mi hija! Porque no, no había de creer que yo siguiera viviendo si esta esperanza se perdía; ó triunfaba en toda la línea, ó la hacía buena una onza de plomo... Aunque mejor sería prescindir del plomo, que afea, desfigura y deja una mueca horrible en el rostro; un veneno es más rápido, más eficaz y más seguro, si bien tiene la contra de ser dolorosísimo. Eso de morir como rata con las entrañas destrozadas, la boca torcida y agitado el cuerpo por convulsiones tetánicas, debe de ser espantoso... Con el carbón quizás nada se sufra; pero es tan ordinario, ocurren á él con tanta frecuencia las criadas y las modistas, que no puede convenir á una persona como yo... Mas ¿para qué pensar en suicidio si todo tiene que acabar bien? La Emperatriz es tan buena, que no puede sino apoyarme, hablar por mí ante su marido; y luego que con ese cinco por ciento que he prometido á Pepe Hidalgo, él trabajará hasta dejarme todo como un cabello: no hay como el interés para que las gentes se afanen y luchen; ya le había dicho el refrán: «por dinero baila el perro»... Al ver á la Emperatriz me echaré á sus plantas, se las regaré con lágrimas, le diré cuál es mi situación, cuáles son mis esperanzas y lo que puede hacer por mí; y ella, que es buena, acabará por ceder á mis súplicas... Mas no, no haré tal; dicen que á la señora le

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Me inclino y hago la reverencia...



disgustan los papeles teatrales, las cosas afectadas, todo lo que se aparte de la naturalidad y de la sencillez; le hablaré clara y noblemente, le demostraré las intrigas de que soy víctima, y así la atraeré á mi causa más fácilmente.

¡Bendito Dios; ya dicen que pasemos, que S. M. nos recibirá en seguida! ¡Qué largo y qué lujoso es el cuarto de las damas! Me parece que tiene tapices en las paredes y unas grandes flores que se destacan en fondo blanco; le sigue otro salón también muy bello, creo que de color rosa; el que se divisa más allá es azul; le engalanan muchísimos retratos: perfiles delicados, ojos ardientes, bocas risueñas, actitudes artísticas y sencillas; son las amigas de la Emperatriz que le sirven de compañía en este lindo retiro. Hay vasos *torchères*, lámparas, muebles de marquetería, bronces maravillosos; sólo en un palacio real podrían reunirse tantas cosas ricas y bellas como las que hay aquí... La estancia siguiente es el *home* de la Emperatriz; está llena de recuerdos íntimos, de retratos de familia y de obras de arte; allí trabaja y recibe á unas cuantas gentes de absoluta confianza...

Junto á la chimenea de mármol rosado hay un biombo de seda verde; detrás, una escribanía incrustada de metal, y sentada al frente está la señora... Me inclino y hago la reverencia con buena gracia; la Emperatriz me señala un asiento forrado de tela roja, é indica á Hidalgo que se

siente... Está vestida con mucha sencillez: falda y corpiño de seda negra, y por toda alhaja un cinturón que tiene en la hebilla el nombre de Eugenia, en un monograma, y varios anillos que recuerdan fechas memorables. La belleza de la Emperatriz se ha realzado con la maternidad. Tiene la misma gracia, pero mayor amplitud de formas; el mismo aire de inocencia, pero algo sereno y majestuoso que le da aspecto de reina á pesar de lo humilde del atavío... Me reconoció en el acto y se dió por enterada del objeto de mi visita...

— Hidalgo, me dijo en español, que fué el idioma en que tuvimos la plática, me ha informado de cuanto á usted le pasa. Ya sé que es víctima de abominables intrigas de parte de esos demagogos que se han adueñado del gobierno de su país. ¡Y qué! ¿la parte honrada de la nación, no procura sacudir ese yugo vergonzoso?

— Sí, señora, dije llena de miedo, pero con voz entera, algo se hace; pero son tan débiles los partidarios de la buena causa, que mucho me temo no logren sobreponerse á los malvados que oprimen á la religión y á sus ministros... Por eso en México no piensan sino en el Emperador, seguros de que él logrará salvarnos, y si V. M. se sirviera influir en su real ánimo para lograr que nos mandara tropas y navíos que introdujeran el orden en aquel bello país, no tendría tasa nuestro agradecimiento...

— ¿Qué puedo yo ante el Emperador, que se guía por

consideraciones más altas que las de sentimiento que yo podría oponerle? Sin embargo, no hay que desesperar; el Emperador contestó en una ocasión, en un álbum de preguntas, que lo que más le hechizaba en el mundo era procurar la resolución de las cosas insolubles... ¿Y qué logogrifo más insoluble que el de México? Y durante los últimos tiempos, ¿no ha habido nuevos atropellos contra el venerable clero, como los que sufrieron los santos obispos, que apedreó el populacho en no sé qué puerto de México? ¿No han tenido que lamentar los residentes franceses nuevos atentados de parte de los liberales?

— Contra el clero, señora, los atentados son diarios; en cuanto á los franceses, sufren lo que no es decible... En Tepic...

— Ya sé; mataron al cónsul francés...

— V. M. sabrá que los secuestros y robos son cosa de todos los días; el Gobierno, por su parte, impone préstamos y causa exacciones; y naturalmente los franceses llevan la peor parte... Mr. de Saligny, ese ministro concienzudo que trabaja á toda hora por la gloria del Emperador, estuvo á punto de ser asesinado hace unas cuantas noches.

— ¿Asesinado? dijo indignada S. M. ¿Asesinado por quién?

— No se sabe, señora, respondí yo; el Gobierno comisionó al juez *Mariano Arrieta*, á fin de que averiguara el